

## INFANCIA (1908-1921)

Reproducción del texto: Carme Arnau. *Mercè Rodoreda: un viatge entre paraules i flors* (Mercè Rodoreda: un viaje entre palabras y flores). Girona; Fundació Caixa de Girona, 1999. p. 7-16.

### Una infancia feliz

«Recuerdo la sensación de estar en casa cuando, asomada a la barandilla del terrado, veía caer sobre el césped y las hortensias las flores azules de la caroba. No sabré explicarlo nunca; nunca me he sentido tan en casa como cuando vivía en casa de mi abuelo con mis padres».

En el prólogo de *Espejo roto*, en el año 1974, Mercè Rodoreda, escribió: «Vinculada a las flores, sin flores durante años, sentí la necesidad de hablar de flores y que mi protagonista fuera un jardinero.» Y es que, como apunta este personaje: «Un jardinero es una persona distinta a las demás y eso es por tratar con flores». La autora se refiere a que la primera novela que terminó, después de su largo exilio, fue precisamente *Jardín junto al mar*, protagonizada por un viejo jardinero, cuyo escenario principal es un espléndido jardín donde proliferan todo tipo de flores, algunas comunes, otras exóticas, que la novelista muestra conocer profundamente. Y como tantas cosas en el caso de Mercè Rodoreda, este «vínculo» nace de su infancia.

En efecto, Mercè Rodoreda, la autora más universal de la narrativa catalana contemporánea, nació en octubre de 1908 en una casita con jardín del barrio de Sant Gervasi. Fue la única hija de un matrimonio atraído por la literatura y el teatro, y vivió en un ambiente alegre y un tanto bohemio en el que destacaba la figura de su abuelo materno, Pere Gurguí, antiguo redactor de *La Renaixença* y de *L'Arc de Sant Martí*. De hecho, la figura del abuelo fue muy importante para Mercè Rodoreda, porque le inculcó un profundo catalanismo que la acompañó toda la vida –con momentos muy difíciles lejos de su país– y, también, una intensa atracción por las flores, unas flores que presidieron su infancia y que ocuparan un lugar relevante en los cuentos y novelas que escribiría. En el año 1910 el abuelo hizo levantar en el jardín familiar un monumento en memoria de Jacint Verdaguer –que había sido amigo de este– y que se convirtió en el centro de las fiestas y reuniones: «una montaña de piedras grandes, con cazuelitas llenas de tierra en medio, donde crecían romeros y dragoneras, y rodeada por una cinta de cemento rosado que ondulaba por encima de las piedras con los títulos de las principales obras de Verdaguer grabados, *Canigó*, *La Atlántida*...», según escribiría Mercè Rodoreda en «*Imágenes de infancia*». Marcada por el ambiente familiar –su padre era un literato, según apuntó ella misma en una entrevista–, fue una gran lectora, sobre todo de los autores clásicos y modernos catalanes: Lull, Verdaguer, Maragall, Sagarra, Carner... Cuando cumplió veinte años, se casó con su tío, un «americano», Joan Gurguí, una figura totalmente de la época – con solo catorce años lo mandaron a Argentina a buscar fortuna–, y un año después nació su único hijo.